

Reporte sobre la epidemia de tifo en Alta Silesia

Rudolf Virchow

Archiv. für Patholog. Anatomie u. Physiologie u. für klin Medicin. 1848, vol II, núms. 1 y 2

CAPÍTULO 4: MEDIOS UTILIZADOS EN CONTRA DE LA ENFERMEDAD

A. Tratamiento de casos individuales

En el fondo, por lo que yo sé, en el tratamiento médico siempre se debe esperar a para ver qué es lo que pasa. En este caso, debido a que el curso de la enfermedad [tifo] fue, en general, benigno, se procuró el alivio de las condiciones más severas (la intensificación de afecciones catarrales, la sensación de desconcierto, etc.) Además, siempre que fue posible, fueron administradas las drogas habituales (por ejemplo, agua clorada, ácidos minerales, etc.). Que yo sepa, el método abortivo [produciendo diarreas] nunca fue utilizado. Me hubiera gustado ver la aplicación de compresas de agua fría, seguidas de baños, pero tuve que desistir debido a que las circunstancias externas eran demasiado desfavorables para permitir que tales ensayos fueran llevados a cabo con el debido cuidado. El médico del distrito, el Dr. Kuntze, había utilizado compresas de agua fría de manera exitosa en varias instancias (aunque no con propósitos abortivos, sino en estadios tardíos de la enfermedad, cuando las manifestaciones cerebrales eran intensificadas por severo *calor mordax*). Sin embargo, el Dr. Kunze mantuvo distancia con respecto a la generalización de su uso en los estados prevalentes. Habitualmente, el tratamiento de calomel abortivo era temido, debido a que el purgante causaba diarreas severas y agotadoras.

No estoy dispuesto a discutir el tratamiento médico en detalle ya que, de manera general, tan sólo podría repetir hechos comunes y habituales. Pero quisiera hacer algunos comentarios: cuando en el estado de declive de la enfermedad el catarro

bronquial se volvió más severo y los síntomas de la neumonía incipiente empezaron a aparecer, el Dr. Sobeczko utilizó sulfuro de oro (por ejemplo, pentasulfuro de antimonio), en dosis más grandes, con éxito rápido y evidente. El médico del distrito, el Dr. Kuntze, administró alcanfor con buenos resultados al final del segundo estadio, cuando el pulso se había vuelto débil de manera temprana en personas mal nutridas y débiles, y con frecuencia en algunos momentos los síntomas habían disminuido de manera importante. La administración duradera de ácidos minerales pareció promover la formación de petequias en algunos pacientes o, por lo menos, retrasó su curación. Este hecho fue para mí especialmente evidente en el caso del Sr. von Frantzious. Por cerca de 10 días, el paciente había estado tomando ácido clorhídrico en dosis moderadas, pero las petequias se tornaban cada vez más grandes y numerosas. Debido a que no pude ubicar otra causa más que el ácido, lo excluí de la medicación y al día siguiente las petequias empezaron a palidecer en los bordes. Es difícil brindar evidencia segura para aducir que este enfoque es correcto. Sin embargo, si se recolectan las experiencias mencionadas en fuentes dispersas de que el uso prolongado de ácidos produce escorbuto (o por lo menos una condición escorbútica), me inclino a ver en esta coincidencia más que tan sólo casualidad.

En lo que concierne al tratamiento de higiene general de los diversos pacientes, se puede afirmar definitivamente que cualquier cambio positivo en su entorno (especialmente en cuanto a provisión de aire fresco, una temperatura templada y una cama más limpia), trae consigo un mejoramiento significativo. En el momento en que se empezaron a reunir a los pacientes en lazaretos en varios y distintos lugares, muchos temían que éstos se volvieran focos de infección de los que la

enfermedad se propagaría con un poder renovado y que difundiera el contagio de una manera concentrada. Sin embargo, tales focos de infección no sólo no surgieron sino que se hizo claro que la sola residencia de pacientes bajo condiciones de higiene favorables mejoraba marcadamente su estado.

Además, como ya he mencionado anteriormente, una cierta moderación en la alimentación fue muy importante, especialmente durante la convalecencia. Es cierto que la mayoría de las personas no podían cometer el error de comer en demasía, pero la naturaleza de los alimentos contribuyó a provocar recaídas, no pocas veces peligrosas.

B. El manejo de la epidemia

Pasaron meses después de la epidemia sin que las altas autoridades gubernamentales prestaran la menor atención a su acontecimiento. El otoño había transcurrido y se acercaba el invierno (con su espectro de hambre y frío), pero no se hacía nada. Finalmente, se concedieron pequeñas sumas de dinero para ser distribuidas de manera directa a los necesitados, pero la torpeza de la burocracia era tal, que se requerían recibos detallados de la distribución del dinero (que se suponía sería realizada en cantidades muy pequeñas) con el fin de ser entregados a la Cámara de Auditoría General. Finalmente, la prensa empezó a transmitir a través de Prusia y Alemania entera los increíbles e inconcebibles acontecimientos de la Alta Silesia. El gobierno, entonces, se conformó con que se distribuyera harina (sobre lo que yo había reflexionado de manera previa). El concejal médico Lorinser declaró que no era necesario mandar médicos al área, y en lo que concernía a la provisión de dinero, el principal presidente, von Wedell, prefirió sumarse al comité que había sido formado en Breslau y unir su voz a la convocatoria hecha a la caridad y a la compasión del público. La Madre Iglesia, la poderosa jerarquía silesiana, hizo buen uso de la inacción y la negligencia del deber de los funcionarios. Aparecieron los monjes hospitalarios en esta escena trágica, con obsequios parcialmente recolectados directamente de manos caritativas y obtenidos a través de la mediación del Comité de Breslau. Sin embargo, su actividad, aunque

devota, fue también limitada (como también ya he mostrado de manera previa). Por ende, su éxito fue tan sólo transitorio. Además, la atención fue prestada únicamente a pacientes individuales y no a la epidemia como un todo.

La escena cambió de repente cuando los delegados del Comité de Breslau, el Príncipe Biron de Courland y el Dr. Kuh, fueron a los distritos, hicieron inspecciones por ellos mismos y organizaron todo hasta el menor detalle: se establecieron comunidades locales por todas partes, se convocaron médicos (incluso provisionalmente contratados), se establecieron orfanatos y lazaretos, se obtuvieron medicamentos, se distribuyeron arroz, chícharos, etc. y se brindaron cobijas. En resumen, los delegados hicieron todo lo que debieron haber hecho las autoridades. Estas acciones fueron llevadas a cabo tan bien y con tanto sacrificio personal y devoción, que los nombres de estos dos hombres (uno de los cuales sacrificó su vida y el otro su salud) deben ser recordados por siempre. A manera de modelo y ejemplo y, al mismo tiempo, en contraste con la falta de corazón de las autoridades, cito sus indicaciones generales a los médicos, concernientes a la administración de los recursos del comité destinados para el cuidado.

Instrucciones para los médicos referentes a la administración de los recursos del comité destinados a el cuidado de los enfermos

El uso adecuado de los recursos otorgados por la caridad pública para el cuidado de los pacientes y los convalecientes únicamente es posible a través de médicos, quienes basándose en su conocimiento y en la información pertinente recolectada en las consultas, son los únicos capaces de determinar los requerimientos de cada paciente. Por ende, el comité confía a los médicos distritales en los poblados y a los médicos municipales en los pueblos los recursos con los que se cuenta para este propósito, consistentes en dinero y productos naturales.

El comité se abstiene de dar instrucciones demasiado precisas sobre el uso de los recursos, debido a que cada localidad, en conjunto con otras circunstancias variables, dictará las mediadas a ser tomadas. El comité confía enteramente en la

circunspección de los médicos y se limita a establecer unos cuantos principios generales.

De manera general, el comité no desea la hospitalización. Ésta no puede ser llevada a cabo en mayor escala debido al gran número de pacientes y a la falta de instalaciones adecuadas, además, no se adecua a las costumbres de nuestros compatriotas. Adicionalmente, la experiencia nos muestra que la tasa de mortalidad en los grandes lazaretos de tifo (sin importar qué tanto se intente ventilarlos) siempre es más alto que la que se encuentra incluso en los barrios con condiciones más pobres. Sin embargo, el comité reconoce la necesidad del establecimiento de tales instituciones en poblados y pueblos más grandes para aquellos pacientes privados de cualquier forma de atención en casa y autoriza a los médicos su establecimiento o la modificación de las instituciones ya existentes cuando se sienta una necesidad especialmente urgente en este sentido.

No obstante, como regla general, los pacientes han de ser atendidos en casa por sus parientes, donde se les deben ser otorgados ropa de cama, alimentos y los medicamentos requeridos. En la medida de lo posible, el comité intentará proporcionar las cobijas necesarias también.

Por otro lado, la alimentación adecuada de los pacientes (particularmente la de los convalecientes) puede ser preparada en instituciones especiales (como las *Suplen Kuche* o cocinas de sopa). De no ser esto posible, será preparada por los parientes con ingredientes complementados por pequeños donativos de dinero en efectivo, que han de ser otorgados junto con las instrucciones necesarias. Los médicos han de escoger una de estas dos modalidades de acuerdo a las circunstancias.

Sin duda alguna, de ser necesario, los miembros de los comités locales estarán siempre dispuestos a ayudar a los médicos en la ejecución de tales acciones.

Los medicamentos (para cuya prescripción los médicos seguramente observarán la simplicidad y la economía que las circunstancias demandan), serán obtenidos, en la medida de lo posible, en grandes lotes, en las farmacias más cercanas.

Hemos indicado a las farmacias que proporcionen estos medicamentos sin requerir mayor trámite cuando las recetas de los médicos comunitarios distritales y ciudadanos al servicio de los pobres sean presentadas. El cobro será hecho al comité de ayuda.

Los médicos requerirán ayuda para la distribución regular de cantidades pequeñas de tales medicinas (tal como han sido prescritas al paciente), y para aquellos servicios que no pueden ser proporcionados por los parientes o que no serían debidamente realizados por éstos (como la ventilación de los cuartos, la limpieza de la piel, etc.), así como también para la enseñanza a los parientes de la preparación de los alimentos especiales, el té y otros de sus requerimientos. Por ende, en cada poblado deberá estar activo un enfermero (de ser necesario más), con un salario diario adecuado. Estos enfermeros tendrán la obligación de visitar a los pacientes asignados a ellos de manera regular y de acompañar a los médicos en sus rondas. La experiencia nos muestra que, a pesar del miedo general de los habitantes sobre la enfermedad, siempre es posible encontrar personas dispuestas a hacerse de tales responsabilidades (por bondad humana y atraídos por los ingresos), cuando son motivados por las exhortaciones y el ejemplo de los médicos.

Los miembros de los comités locales estarán en la mejor posición para proponer a tales personas adecuadas para la enfermería. Además, los miembros del comité al supervisar cuidadosamente a estos enfermeros y asistir de manera general a los médicos en su pesada tarea, ganarán méritos particulares. Se espera que los miembros del comité local estén dispuestos a encargarse del suministro de utensilios, alimento y medicinas que los médicos han de dejar en los poblados y que ellos repartirán a los enfermeros de tanto en tanto, siguiendo las instrucciones de los médicos. Cuando los médicos crean adecuado delegar estas funciones a otros, deben cerciorarse de que el comité local esté por lo menos informado de a quién se le está asignando el cuidado, así como la fecha de su comienzo y terminación, con el fin de que esto pueda ser tomado en consideración en la distribución del alimento brindado por el Estado.

De manera general, se les recuerda a los médicos y a los miembros de los comités locales la necesidad de una cooperación armoniosa, sin la cual nuestro trabajo no puede tener éxito.

Queda a cargo de los médicos el establecer contacto y buscar la cooperación de los monjes hospitalarios en cualquier lugar donde se encuentren asignados.

En frecuentes visitas de inspección los miembros de los comités distritales y centrales, recolectarán información en relación a los requerimientos de los diversos distritos, con el fin de llevar a los médicos la información sobre sus carencias de la manera más rápida. Por otro lado, se les pide a los médicos tomar en cuenta las instrucciones orales eventuales de los representantes autorizados del comité respecto a la administración de sus recursos.

No será preciso pedir a los médicos que usen las donaciones ofrecidas por la caridad pública ahorrando lo más posible, proveyendo únicamente lo necesario para las emergencias más apremiantes.

Debido a que el comité es responsable ante el público del uso de los fondos confiados a él, debemos requerir que los médicos presenten informes al final de su servicio. Es decir, es necesaria la presentación de recibos de los gastos realizados cuando puedan ser obtenidos sin inconveniencias. El comité, menos que nada, demanda comprobantes del efectivo distribuido a los pacientes.

El comité tiene la posibilidad de, en cualquier momento, obtener información sobre la situación general de la enfermedad por medio de las autoridades reales distritales y la de los distintos distritos de los reportes de los médicos. Por lo tanto, no hay necesidad de informes especiales sobre el tema. Sin embargo, se solicita que aquellos médicos que mantienen un hospital a costa del comité, manden un reporte semanal (los sábados) de los ingresos, salidas y otros eventos que hayan ocurrido durante la semana transcurrida.

Rybnik, 19 de febrero, 1848
El Comité de Alivio Distrital

BARON VON DURANT
DR. KUNTZE
DR. KUH
POLEDNIK
FRITZE
WOLFF
PREUSS
TARNOGROCKI

El único punto de estas instrucciones que no fue confirmado por los eventos subsecuentes, fue el referente al establecimiento de hospitales. Como ya he mencionado, la suposición de que estos hospitales formarían nuevos focos de infección y traerían consigo un incremento de la mortalidad resultó estar infundada. El tamaño de los poblados, el gran número de enfermos y las grandes distancias entre los hogares asignados a los médicos, hicieron que una cierta concentración de pacientes fuera deseable para su propio beneficio y el del médico, cuyas fuerzas eran frecuentemente gravadas en exceso por los grandes esfuerzos que realizaban. De hecho, la naturaleza pobre de las viviendas, la falta de limpieza, la holgazanería y la torpeza de la gente, hicieron que tal concentración fuera obligatoria.

Debido a que predominaron los lugares dónde se encontraron con facilidad edificios en buenas condiciones o, por lo menos, utilizables, fueron establecidos centros en la mayoría de los lugares, posteriormente se fundaron lazaretos en una escala mucho mayor de la que se había mencionado anteriormente en las instrucciones. El establecimiento de “cocinas de sopa” (mencionado en las instrucciones) y panaderías fue recomendado urgentemente por las autoridades (particularmente el Sr. Barez), debido a que la mera contemplación por parte de la gente de los guisos preparados (por ejemplo el “z’ur” y el “placzek”) hizo ver la necesidad de tales instituciones. Sin embargo, por lo que yo sé, las autoridades rechazaron esta solicitud natural, así como la de proporcionar un mejoramiento y una variación en los alimentos por medio del abastecimiento de legumbres, granos de cebada sin cáscara, etc.

En Sohrau, la experiencia directa dejó ver de manera pronta el necesario establecimiento de casas de convalecencia junto a los lazaretos. Éstas eran relativamente pequeñas y el número de

pacientes buscando ayuda y solicitando ingresar era tan grande que los convalecientes tenían que ser dados de alta tan pronto como fuera posible. Débiles como estaban, sin recursos de apoyo, sin ingresos y sin alojamiento, las únicas opciones eran: exponerlos de nuevo a la renovada miseria o mantenerlos en los lazaretos a pesar de la afluencia de casos más severos con mayores necesidades de ayuda o, por último, alojarlos en instituciones especiales para convalecientes. Evidentemente, la última solución era la más apropiada y las autoridades municipales tomaron medidas de manera inmediata (provisionalmente encabezadas por un hombre muy enérgico y cauteloso: el Sr. von Woisky).

Al mismo tiempo que todo esto ocurría, las autoridades también habían empezado a tomar acción. Fueron propuestos dos comisionados especiales en los distritos, con autoridad limitada. El Sr. von Götz, abogado, era el comisionado civil, y el Capitán de Caballería, Boddien, el comisionado militar. Éste último estaba a cargo de varios pelotones militares pequeños que tenían como objetivo apoyar o reemplazar a los alcaldes (que generalmente eran poco confiables) y ayudar a las autoridades locales y a los médicos a desempeñar sus tareas. Su labor resultó ser de mucha ayuda.

Además, de Oppeln, Breslau y Berlín vinieron varios funcionarios con instrucciones para llevar a cabo todo tipo de inspecciones, sin que logran ningún tipo de resultados constructivos. Debido a que, en su mayoría, los inspectores no realizaron rondas por sí mismos y temieron a los lazaretos como si fueran casas de peste, todo lo que lograron fue hacer daño a los caminos en sus varios viajes extraordinarios. Por otro lado, las acciones del Comisionado Especial tampoco fueron demasiado fructíferas, en general, a pesar de que contaba con los poderes totales de la Tesorería del Estado. Esto se debió, por un lado, a su actuar de modo muy burocrático y, por otro, a que temía la independencia y responsabilidad de su puesto (como es costumbre entre los servidores civiles) y, finalmente, a que no estaba directamente a cargo de las autoridades locales. De esta manera, sucedió que tanto el comisionario especial como las autoridades locales (al lado de

las cuales el comité del lugar estaba trabajando de una manera más o menos independiente) permanecieron en contacto directo con el gobierno de Breslau, ocasionando que los reportes y las respuestas se cruzaran entre sí de una manera poco fructífera y tardada.

Finalmente, el Sr. Barez operó la instalación de las medidas para la limpieza de las casas, acciones que habrían de ser llevadas a cabo bajo supervisión militar. Por incompletas que estas medidas hayan sido, ayudaron de manera sustancial a aliviar tanto la miseria como la epidemia. Además, puede definitivamente afirmarse que si se hubieran puesto en acción de igual modo estas medidas en el otoño del año pasado, la mortalidad habría sido mucho más baja. Información más reciente) hace posible suministrar aquí más datos sobre el curso de la epidemia (que he obtenido a través de la amabilidad del médico distrital, el Dr. Kuntze):

Así, en el transcurso de 12 semanas, se enfermaron 3,124 personas, las que sumadas a los 2,469 pacientes ya presentes el 4 de marzo, dan un total de 5,593 pacientes, de los cuales 4,674 se recuperaron y 619 murieron. La tasa de mortalidad fue del 11%, lo que concuerda con la información mencionada anteriormente (p. 228), proporcionada por el Dr. Türk y el Dr. Wachsmann. El Dr. Kuntze piensa que el número de pacientes que se enfermaron al final del otoño de 1847 (el periodo comprendido entre octubre y finales de diciembre) fue de por lo menos 1,000; y en lo que respecta al periodo comprendido entre enero y la primera mitad de febrero (que tampoco fue contada) de por lo menos 2,000 personas, así que el total de pacientes en el distrito de Rybnik sumaría cerca de 8,600 = 14.3% de la población. De acuerdo a los reportes del clero local 1,315 personas murieron de tifo entre el 1º de enero y finales de marzo, así que, si restamos las 374 muertes ocurridas entre el 4 y el 31 de marzo de la tabla anterior, el total de muertes ocurridas tan sólo entre enero y febrero sumaría 933. Como además puede ser estimado que en octubre, noviembre y diciembre de 1847 murieron de tifo por lo menos 200 personas, el número total de muertes sería de 1,760 = 20.46% de los pacientes (compárese con las indicaciones del Dr. Chwistek = 2.9% de la población, p. 228).

Datos sobre pacientes de tifo en el distrito de Rybnik del 4 de marzo al 28 de mayo, 1848

Mes y fecha	No. de pacientes	Nuevas admisiones durante la semana	Total	No. de personas entre éstos, en convalecencia	Muertos durante la semana	No. de pacientes	Fecha
4 marzo	2,469	580	3,049	1,160	96	1,793	11 marzo
11 marzo	1,793	564	2,357	855	95	1,407	18 marzo
18 marzo	1,407	272	1,679	537	89	1053	25 marzo
25 marzo	1,053	324	1,377	385	94	898	1 abril
1 abril	898	260	1,158	371	67	720	8 abril
8 abril	720	249	969	299	41	629	15 abril
15 abril	629	170	799	133	42	624	22 abril
22 abril	624	166	790	131	14	645	30 abril
30 abril	645	213	858	216	30	612	7 mayo
7 mayo	612	138	750	268	26	456	14 mayo
14 mayo	456	88	544	170	15	359	21 mayo
21 mayo	359	100	459	149	10	300	28 mayo
Total	2,469	3,124	5,593	4,674	619	9,496	

A través de estas cifras se puede ver fácilmente qué tan variable fue la situación durante el curso de la epidemia y cómo las observaciones realizadas durante un cierto período de tiempo no

pueden pensarse representativas del periodo entero. Esto quedará todavía más claro si calculamos los datos de las últimas dos semanas, de manera mensual:

Fecha	No. de pacientes	Admisiones nuevas	Total	Recuperaciones	Muertes	No. de pacientes	Fecha
4 marzo	2,469	1,740	4,209	2,937	374	898	1 abril
1 abril	898	845	1,743	934	164	645	30 abril
30 abril	645	539	1,184	803	81	300	28 mayo

Si se calcula la tasa de mortalidad por cada periodo de 4 semanas, llegará al 8.8% en el primer período (del 4 de marzo al 1 de abril); 9.4% en el segundo período (del 1 al 30 de abril) y 6.9% en el tercer período (30 de abril al 28 de mayo). Estos porcentajes son relativamente pequeños debido a que en las columnas que enlistan al número de pacientes las mismas personas fueron contadas por lo menos dos veces. No obstante, se puede observar que la tasa de mortalidad fluctuaba y no mantuvo una relación regular con la tasa de morbilidad.

A la lista de los médicos aquejados por la enfermedad (citados en las páginas 255 - 256)

deben ser agregados los siguientes nombres: 1) Sr. Sugg, en Rauden, 2) Dr. Reche de Kosel, en Loslau, 3) Dr. Marggraf, de Berlín, 4) Sr. Dehmel, cirujano de la compañía, 5) Sr. Willim, en Pilchowitz. 6) Sr. Sangkohl, cirujano de la compañía, más 7) Dr. Ebstein de Berlín, en Pshaw, 8) Dr. Hoogeweg, 9) Dr. Leicht, 10) Dr. Iffland de Berlín.

No tengo conocimiento de más casos de enfermos entre los médicos del distrito de Pless y los alrededores, pero podemos observar cómo por lo menos 33 médicos contrajeron la enfermedad durante la epidemia, de los cuales cinco murieron. De los 36 médicos activos en el distrito de Rybnik

sólo 14 se mantuvieron sin ser afectados. Como regla, entre los médicos extranjeros, la enfermedad se presentó entre los días 13 y 17 de su llegada al distrito. Únicamente en tres casos la enfermedad ocurrió después de seis semanas.

Finalmente, aún debo añadir que conforme los casos de tifo disminuyeron en número, los casos de malaria y disentería (que habían precedido a la epidemia) aumentaron de nuevo. Tanto, que a principios de junio en el distrito de Rybnik, una vez más, habían 800 casos de malaria y 200 de disentería.

C. La salvaguarda del futuro

Este reporte habrá proporcionado al lector una imagen extensa, aunque no del todo completa, de las condiciones en la Alta Silesia. Una epidemia arrolladora y una terrible hambruna devastaron simultáneamente a su población pobre, ignorante y apática. En tan sólo un año, el 10% de la población del distrito de Pless murió, el 6.48% de inanición en combinación con la epidemia y el 1.3%, únicamente por inanición. En el distrito de Rybnik, el 14.3% de la población fue afectado por el tifo en ocho meses, el 20.46% murió. Además, se estableció que una tercera parte de la población necesitaría ser alimentada por un período de seis meses. A principios de año, el 3% de la población de ambos distritos eran huérfanos. Un total de 33 médicos, además de muchos sacerdotes, monjes hospitalarios y otras personas se enfermaron prestando asistencia. No pocos de ellos perdieron la vida.

Alemania no había experimentado condiciones remotamente similares durante los últimos 33 años de paz. Nadie hubiera pensado posible tal situación en un estado como Prusia, que le daba tanta importancia a la excelencia de sus instituciones. Pero, debido a que después de todo sí fue posible, y ya que ahora vemos claramente las largas columnas de números (cada uno de los cuales delata la horrenda miseria callada). Estas enormes compilaciones de miseria no pueden ser invisibilizadas y no debemos de vacilar en elaborar todas las conclusiones que puedan hacerse a partir de una experiencia tan terrible. Yo, por mi parte, al volver a casa de la Alta Silesia, había llegado a varias resoluciones y, por

tanto, estaba decidido a ayudar en la demolición de la antigua estructura de nuestro Estado (teniendo a la vista a la República Francesa). Más tarde, no tuve reparos en hacer públicas estas conclusiones en la junta de los candidatos de la 6ª Circunscripción Electoral de Berlín para la Asamblea Nacional Alemana. Éstas pueden ser resumidas en tres palabras: *Democracia total ilimitada*.

Prusia estaba orgullosa de sus leyes y de sus servidores civiles. ¿Acaso existía algo que no estuviera regulado por la Ley? De acuerdo a la Ley, el proletario tenía el derecho de demandar cada recurso que lo protegiera de la muerte por inanición; la Ley le garantizaba trabajo para que pudiera ganarse los medios propios. Además, las escuelas (las tan glorificadas escuelas prusianas) habían sido creadas con el fin de asegurarle la educación necesaria para su posición social. Finalmente, la policía sanitaria tenía la hermosa tarea de vigilar la calidad de su vivienda y modo de vida. ¡Qué ejército de de servidores civiles bien entrenados estaba listo para hacer cumplir estas regulaciones! ¡Hasta qué punto este ejército no se intrometió en las relaciones privadas para controlar hasta las conexiones más secretas de los “sujetos” del Estado con el fin de salvaguardar su bienestar material y mental de demasiado progreso!

La Ley existía y los servidores civiles estaban presentes. No obstante, miles de personas murieron de inanición y enfermedad. La Ley no ayudó debido a que tan sólo era letras sobre papel. Los servidores civiles no les ayudaron, ya que los resultados de su actividad eran, una vez más, tan sólo palabras escritas. El país entero se había convertido gradualmente en una estructura de papel, un castillo de arena que sería derribado y convertido en una confusión apilada cuando la gente lo tocara.

Y ¿Quién más que la gente misma podría ayudar al pueblo a obtener sus derechos escritos y los no escritos (esto últimos aún más importantes)? Los servidores civiles (aún cuando dispuestos a ayudar) estaban impedidos por su distanciamiento de las necesidades del pueblo y por la inflexibilidad del formalismo en su funcionar. Sólo podían actuar cuando no era necesario y (en

el mismo sentido que el Estado policiaco), sólo se les permitía interferir cuando el interés del pueblo requería protección de la interferencia. Por lo tanto, todas sus acciones, en la medida en que fueron positivas, estuvieron dirigidas en contra del pueblo en el sentido en el que las acciones que debieron haber sido para las personas, fueron negativas. ¿Acaso no habían sido los servidores civiles elegidos, no por la población (de acuerdo a sus propios intereses), sino por el Estado policiaco, con base en sus propios intereses?

Si los servidores civiles no fueron más que opresores del pueblo o meras máquinas de escribir, a los ciudadanos no les quedó otra opción que la de darles la espalda. En el antiguo Estado feudal, sus protectores inmediatos y guardianes eran los grandes terratenientes, la aristocracia hereditaria. Sin embargo, ahora que el Estado burocrático y la aristocracia recién enriquecida habían destruido la relación patriarcal, los grandes terratenientes habían asumido una posición poco amigable dirigida en contra de la gran clase constituida por gente sin tierra y los pequeños propietarios. Por otro lado, el pueblo, aún no completamente librado del yugo feudal, reconoció de manera temprana en la aristocracia a sus enemigos natos. ¿Hacia quién debía dirigirse? La alianza (que en otras circunstancias hubiera sido natural) de los trabajadores (carentes de propiedades y derechos) con intelectuales (también desprovistos de propiedades) no se podía desarrollar debido a que tales hombres letrados estaban ausentes de la Alta Silesia o, por lo menos, no habían conseguido establecer una relación con el pueblo. En este contexto, el grupo que contaba con la completa confianza del pueblo era el de los miembros del clero, la jerarquía, con todos sus despreciables principios de egoísmo y tiranía, que admite la subyugación absoluta del espíritu bajo el conjuro de la iglesia y la esclavitud mental, unida a la renuncia voluntaria de la riqueza material como medio para alcanzar su propósito. A cambio, a los pobres les eran garantizados cuidados excelentes en el estado constitucional divino, por medio de promesas solemnes.

La burocracia no estaba dispuesta, o no podía, ayudar al pueblo. La aristocracia feudal invertía su dinero en mimarse con lujos e insensateces en la

corte, el ejército y las grandes ciudades. La plutocracia, quien extraía grandes cantidades de las minas de la Alta Silesia, no veía en la población a seres humanos, sino máquinas de trabajo o, como lo demuestra la expresión: “manos”. La jerarquía clerical aprobó la miseria del pueblo como un boleto hacia el cielo.

Cualquier pueblo que conservara fuerza interna y ganas de libertad se hubiera alzado y sacado de sus templos a toda la basura de la jerarquía, burocracia y aristocracia, de modo que únicamente reinara ahí la sagrada voluntad del pueblo. En la Alta Silesia no fue así. Acostumbrados durante siglos a la extrema deprivación mental y corporal, ignorantes y pobres a un grado poco común en cualquier otra nación del mundo, serviles y sumisos, los pobladores de la Silesia Alta habían perdido toda su energía y auto-determinación y la habían intercambiado por una indolencia e indiferencia que alcanzaban un punto de muerte. En Irlanda la gente se alzó (con manos armadas y desarmadas) una vez que su miseria había excedido los límites de la tolerancia. Apareció en grandes masas el proletariado en el campo de batalla, amenazante y rebelde en contra de la ley y la propiedad. Pero, en la Alta Silesia, el pueblo murió silenciosamente de inanición. Bajo la influencia de la fuerza externa había adquirido el estoicismo que en Norteamérica lograron los pieles rojas por medio de esfuerzos internos y voluntad, aunque desencaminados.

De la misma forma en que el trabajador inglés (en la profundidad en la que había sido sumido y en la deprivación extrema del espíritu) sólo conocía dos fuentes de placer: la embriaguez y la cohabitación, hasta hace unos años la población de la Alta Silesia había concentrado todos sus deseos y sus esfuerzos en estas mismas dos actividades. El consumo de aguardiente y la satisfacción de los impulsos sexuales reinaban de manera suprema. Esto explica porqué la población incrementaba rápidamente en número y había perdido su poder físico y moral. En ellos se repetía lo que es desde hace mucho tiempo sabido de los obreros irlandeses que inmigraron a Inglaterra. Pero surgió aquí el fenómeno sin precedente de que una de estas dos fuentes de placer fue bloqueada por la Iglesia al prohibir el consumo de aguardiente. La gente recibió este golpe y lo aceptó también en

silencio. Su consecuencia fue tan rara como psicológicamente importante. Se pudiera pensar que ahora esta fuente de placer material, esto es, la gratificación sexual sería aprovechada de una manera más astuta, ocurrió lo opuesto: el número de nacimientos disminuyó de manera constante. A su propio modo, el pueblo se había vuelto trascendental, como los ascetas cristianos de los primeros siglos. Pero no desatendían a la materia por la elevación espiritual, sino por su depresión. Los vínculos que unen al hombre, ese trozo de materia, a la tierra, se habían aflojado en la conciencia de la gente. Se habían vuelto indiferentes hasta el punto de la muerte por inanición.

Esta población no tenía idea de que el empobrecimiento material y mental al que se le había permitido llegar era la causa principal de su hambre y enfermedad y que las condiciones climáticas adversas que contribuyeron al fracaso de sus cosechas y la enfermedad de sus cuerpos no hubieran causado estragos tan terribles de haber sido libres, educados y pudientes. Ya que ahora no puede haber la menor duda de que tal diseminación epidémica de tifo fue posible únicamente bajo las terribles condiciones de vida que habían sido creadas por la pobreza y la falta de cultura. Si estas condiciones fueran eliminadas, estoy seguro de que la epidemia de tifo no se repetiría. Si uno quiere aprender de la historia, encontrará muchos ejemplos, revise, por ejemplo, la historia de Egipto y su peste (compare los reportes de Prus en *Acad.de Méd.*, en el *Gaz. méd.*, 1846, marzo, No.11; Hecker, *Gesch. der neueren Heilkunde*, p. 103; Pruner, *Die Krankheiten des Orients*, p. 87, 418). La peste, que actualmente tiene su foco en Egipto, permaneció desconocida en este país durante el tiempo de los últimos faraones, durante los 194 años de la ocupación persa, los 301 años de Alejandro y los tolemeos y durante un periodo largo de la ocupación romana; es decir, durante todo el tiempo que se mantuvo una buena vigilancia y un cierto grado de educación. Sin que se hayan registrado grandes cambios en Egipto, tan sólo unos años libres de peste separan este periodo del presente. La única variación ha estado en la gente y la expresión de su actividad. La peste comienza regularmente en invierno, cuando las aguas del Nilo se marchan y los vientos del oeste producen niebla en el aire.

Desaparece en junio en el Egipto bajo (aún antes que en el Egipto alto) cuando las corrientes de aire polar soplan hacia adentro del país, provenientes del Mar Mediterráneo. La descripción de Hecker de estas condiciones es clásica: “El cambio regular de estaciones”, escribe, “ha existido sin modificación alguna durante el mismo tiempo que el Nilo ha descendido de las montañas a las llanuras. La causa de la peste, sin embargo, no puede estar en los cambios de estación únicamente, debido a que apareció por primera vez como epidemia en el siglo VI y a que las enfermedades epidémicas parecidas registradas en la historia pertenecen a una forma enteramente diferente de peste que se extinguió en el siglo IV. Por esto, para que la peste eche raíces, deben existir factores adicionales a las características del país, y éstos han de relacionarse con el modo de vida y con las condiciones políticas de los egipcios, tal como fueron formadas en el siglo XIII.

El Egipto de hoy no es más el lindo país de los faraones y los tolemeos, conocidos por la bondad y la salud de sus habitantes. Ahora es gobernado por bárbaros rapaces y crueles. La esclavitud y la inercia animal supeditadas a los elementos han sustituido a la refinada habilidad artística y a la diligencia perseverante que alguna vez supo cómo controlar la naturaleza. En medio de los exuberantes campos y entre las maravillas de la antigüedad se hallan miserables ciudades y poblados, habitadas por seres devaluados cuyos mandatarios despóticos apenas les permiten satisfacer sus necesidades más apremiantes. La desnudez y el hambre son la herencia del campesino egipcio, la apatía bruta constituye su forma de relajación, después de un servicio compulsivo y excesivo. Las pequeñas casuchas que comparten con sus animales (sus compañeros en la miseria) están impregnadas de vapores sofocantes y, en la cercanía, diversos cadáveres de animales en descomposición propagan un hedor pestilente”. Añado más información de Pruner con el fin de aportar a la analogía que realizó del campesino egipcio con la población rural de la Alta Silesia. “El elemento básico de su alimentación es pan de trigo sin levadura, que moldean en forma de bollos suaves, o un tipo de pan hecho de *Holcus sorghum* y frijoles remojados en agua, así como guisados con muy poco aceite o

grasa. Las cebollas, los rábanos, el ajo y otros productos les dan sabor a su comida. Como suplementos del reino animal usan un poco de queso dulce o salado y leche agria o dulce. La bebida acostumbrada en el Valle del Nilo es el agua turbia proveniente del río, tal y como fluye. Durante el invierno, los habitantes duermen junto a los hornos usados para guisar los alimentos y preparar el pan. Éstos son calentados con estiércol de camello. En lo que concierne a la suciedad, compiten los pobladores entre sí”.

La respuesta lógica a la pregunta de cómo se pueden prevenir en el futuro condiciones similares a las que han surgido ante nuestros propios ojos en la Alta Silesia es, por lo tanto, muy fácil y sencilla, por medio de educación y sus dos hijas: la libertad y la prosperidad.¹⁹ Sin embargo, la respuesta práctica es menos simple: nos referimos a la solución de este gran problema social. Si no ocultamos este hecho a nosotros mismos, vemos que estamos enfrentando de manera directa parte de la gran tarea que ha iniciado nuestro siglo en la historia de la humanidad y que contiene dentro de sí misma el desarrollo del futuro. Por lo tanto, a través de una argumentación lógica, hemos arribado al punto de vista que previamente habíamos citado en varias ocasiones en el ensayo *Über die naturwissenschaftliche methode*. La medicina nos ha guiado de manera imperceptible al campo social y nos coloca en posición para confrontar directamente a los grandes problemas de nuestro tiempo. Entiéndase bien, no se trata más de tratar a este o a aquel paciente de tifo por medio de medicamentos o por la regulación de alimentos, vivienda y ropa. Nuestra tarea consiste ahora en promover la cultura de un millón y medio de nuestros compatriotas quienes están en el más bajo nivel de degradación moral y física.²⁰ Tratándose de un millón y medio de personas no es posible el tratamiento por medio de paliativos. Si deseamos llevar a cabo acciones correctivas, debemos ser radicales. En tales casos, los paliativos son más costosos que las acciones radicales: el Estado acabaría sus recursos en la reparación de algunos distritos y no podría siquiera asegurar que en caso de una nueva situación apremiante, sus recursos serían suficientes. Aquí vemos que en pequeña escala se repite lo que hemos observado en algunos tiempos de emergencia a mayor escala. La conservación,

tanto de los Estados como de los ciudadanos individuales, es posible tan sólo por medio de los esfuerzos cooperativos de todos. Por lo tanto, si se desea la intervención en la Alta Silesia, se tiene que empezar por promover el progreso de la población entera y estimular un esfuerzo general común. Una población nunca logrará una educación completa, libertad y prosperidad como regalo de una entidad externa. El pueblo debe adquirir lo que necesita por medio de sus esfuerzos propios.

Veo en la posibilidad de empezar una excitación espiritual de esta población apática, debilitada y cansada, lo que motivaría su propia regeneración: la reorganización nacional de la Alta Silesia, quizá la única medida para encender un entusiasmo grande y duradero. Los habitantes de la Alta Silesia, cómo ya he demostrado, son polacos por su idioma, origen y costumbres, a pesar de que otros polacos desprecian su lenguaje y han olvidado su origen e historia. Hemos llegado a un punto en la vida de las naciones en el que la gran familia de pueblos eslavos es convocada y está dispuesta a hacer su aparición en la escena de la historia. A lo largo de la enorme gama de sus tribus resuena el llamado a la unión. Razas desconocidas, casi sin nombre, surgen de sus territorios apenas definidos geográficamente y (estimulados por las nuevas ideas de política nacional) han encendido los espíritus de aquéllos a los que los sistemas artificiales para el equilibrio de los estados han dejado fríos e intactos... Los tiempos de la política territorial y el proselitismo nacional son cosa del pasado. Prusia ha tenido suficiente oportunidad durante todo un siglo para demostrar su incompetencia en la alemanización de la Alta Silesia. Sus intentos en las escuelas primarias han fracasado completamente. Un pueblo no abandona con facilidad sus rasgos característicos nacionales. Únicamente la fuerza de las armas o las ventajas decisivas de paz pueden convencerlo de aceptar nuevas formas en un periodo de tiempo relativamente corto. Tales ventajas (esto es, su participación en el movimiento cultural de otra nación) pueden únicamente ser ofrecidas a una población que ya ha adquirido la capacidad de entrar a tal movimiento cultural (por lo menos dentro de sus límites nacionales). El primer requisito para la desnacionalización es una cierta medida de

desarrollo nacional. Prusia no reconoció este principio. Ahora es demasiado tarde para pensar en convertir a millones de personas a un idioma para ellos extranjero, al lenguaje de los “mudos” (*njemeczki*) y si Prusia o Alemania quisieran conservar a la Alta Silesia como parte de su territorio, todo a lo que podrían aspirar al principio sería a intentar cultivar un espíritu alemán y costumbres alemanas por medio de educación otorgada en el idioma polaco. Entonces, su tarea sería el establecimiento de escuelas polacas y la contratación de maestros sensatos, quienes no promovieran los intereses de la jerarquía católica, sino que supieran hacer valer los intereses humanos generales. Además, sería el deber del gobierno el promover literatura para adultos en su propio idioma, que echara luz sobre su posición y necesidades.

Quizá en tiempos de paz, la alemanización de grandes partes de la Alta Silesia hubiera sido posible en unas cuantas décadas, ya que no había una memoria nacional o una celosa conciencia nacional a ser superadas. A mis ojos, como ya he mencionado antes, me parece que ahora es demasiado tarde. Parecería ser que la Alta Silesia ya había encontrado en Purkinje a su representante en el congreso eslavo en Praga y si a pesar de toda la resistencia el movimiento eslavo lograra finalmente romper los muros alzados por el derecho histórico y el egoísmo de la posesión, dudo que cualquier poder fuera capaz de preservar al país al sur del Stober de su desbordamiento. Alemania perdería un territorio de la más grande riqueza, es decir, tierras cultivables, magníficos bosques y excelentes minas, pero, además, se desharía de de una gran preocupación. Sin embargo, el insistir en mantener un territorio en contra de la voluntad de los habitantes, por sus ventajas, sería muy inconsecuente, proviniendo de la nación que declaró la guerra en contra de Dinamarca por el bien de las tierras de duques alemanes. Además, unas políticas externas razonables podrían en gran medida asegurar para Alemania una parte de estos tesoros. De elaborarse la pregunta con respecto a si sería ventajoso para esta población desatendida y en ruinas el deshacerse de las manos guía protectoras de Alemania y volverse miembro de un sistema de estados eslavos desorganizado que espera tensiones prolongadas, yo respondería que para los

males importantes sólo conozco soluciones importantes. Lo que no cura la medicina, dijo Hipócrates, lo cura el hierro, y lo que no se cura con hierro, se cura con fuego. Lamento que la espada y el fuego tengan que arder sobre una población para elevar su nivel ético y humano, pero la humanidad no ha llegado aún a un punto de desarrollo histórico y cultural en el que las leyes de las ciencias naturales por sí solas determinen sus acciones. Una apatía tan grande como la del habitante de la Alta Silesia necesita estimulantes fuertes y puede, a partir de entonces, convertirse en un fanatismo intenso. Sería, entonces, deber de los hombres de Estado el amainar de manera moderada esta llamarada para convertirla en un calor suave, pero duradero y provechoso. Los nuevos factores que serían introducidos a la vida política de Europa por la familia de poblaciones eslavas sólo pueden ser supuestos. Algunos emigrantes eslavos en el extranjero han estudiado con afán los sistemas filosóficos, las teorías socialistas y las leyes de las ciencias naturales y les han añadido el peculiar misticismo religioso de su naturaleza entusiasta. En los lugares donde hayan sido introducidos estos elementos de fermentación a la enorme nación interior de eslavos agrícolas, las páginas de la historia estarán cubiertas de eventos nuevos y sin antecedentes.

Cualquiera que sea el futuro, ya sea que la Alta Silesia caiga en manos alemanas o en las del sistema de estados eslavos, siempre será el deber de un gobierno sensato y popular la educación del pueblo y su liberación, no sólo externa, sino, aún más, la interna. La libertad sin educación trae consigo anarquía, la educación sin libertad: revolución. Los requerimientos principales que deben ser otorgados de manera inmediata a esta población son, por un lado, una educación amplia a través de escuelas primarias, de comercio, agricultura, libros y revistas populares y, por otro lado, la libertad en el sentido más amplio, especialmente libertad completa en la vida comunal. La condescendencia y el formalismo artificial ya no pueden ser de ayuda por más tiempo. Es cierto que lo que debe ser hecho con la presente generación de adultos es incierto, pero, por esta misma razón, no se debe esperar un sólo momento más para hacer receptiva a esta generación creciente de las bendiciones de la

cultura, tan pronto como sea posible. La muerte ha protestado furiosamente entre los adultos, lo que ha ocasionado que ahora haya muchos huérfanos completamente libres de los grilletes que la influencia de la familia hubiera impuesto sobre ellos. Éstos deben ser atendidos: se deben establecer orfanatos, los niños deben ser educados y, posteriormente, puestos en libertad entre la población general, como apóstoles de una nueva etapa. Sé bien que se había previsto lo opuesto, es decir, se pretendía abolir estas instituciones cuanto antes posible, con el fin de librarse de tal carga. Considero que este sería el peor desastre que pudiera suceder. Todavía contamos con completa libertad de acción. Estamos a tiempo de educar a estos jóvenes como queramos. Tal oportunidad, esperamos, no se volverá a presentar de nuevo pronto. Por lo tanto, los orfanatos deben ser mantenidos por sobre todas las cosas como seminarios de civilización y educación. Si estamos dispuestos y somos capaces de ser radicales, permítansenos educar a estos infantes para que sean los maestros de las nuevas y mejoradas escuelas primarias. Estos niños han de ser hijos de la nación: que han sido liberados del pasado del país por un destino trágico, niños ahora libres y sin estorbos en sus actos. Ellos han de convertirse en los más apropiados para cumplir con las demandas de su nuevo papel. La separación absoluta de las escuelas y la iglesia, necesaria como es en todos lados, es, sin embargo, de mayor urgencia en la Alta Silesia. La compulsión religiosa, la intolerancia brutal y la tendencia hacia lo trascendental, son los enemigos naturales de la libertad y la independencia. En la Alta Silesia se han producido frutas más amargas que en cualquier otro sitio. Si las escuelas han de prosperar, deben ser separadas completamente de la iglesia. Las tradiciones del clero debe ser suplantadas por una educación liberal, que tenga como base una visión positiva de la naturaleza por medio de la enseñanza de las grandes leyes de la naturaleza y la comprobación de su validez en el pasado y el presente (por medio de la historia de los mundos inanimados y animados, en particular la historia de la raza humana) estas visiones prácticas serán creadas. Las cuales, aunque materiales, tienen un verdadero impacto en la elevación y la formación de la cultura. Son capaces por sí mismas de guiar a la sociedad a los principios sólidos y razonables en sus relaciones

civiles privadas y públicas que hacen posible el bienestar de todos sobre la base del bienestar de cada individuo. El pueblo aprenderá a percibir que todos tienen los mismos derechos y por ende, las mismas obligaciones. Este entendimiento (logrado a partir de las ciencias naturales) bastará de manera completa para remplazar a las ideas dogmáticas por medio de las cuales se intentó mantener los principios generales de la moral, la humanidad y la filosofía entre los sectores no educados de la población.

Del principio de igualdad ante la ley se desprende directamente la demanda de auto gobierno en el Estado y en la comunidad. A aquéllos que son de la opinión de que el pueblo necesita ser primeramente educado antes de que se juzgue “maduro” para ciertas la libertad, respondo que la historia siempre ha demostrado lo contrario. Antes del derrocamiento de un gobierno, el pueblo siempre fue considerado inmaduro; inmediatamente después: maduro. Sin embargo, en el momento en el que la insurrección resultó en formas de gobierno artificiales y distorsionadas, así como en principios legales dialécticamente difíciles, entonces de manera repentina se volvió a considerar inmadura a la población. Cuando las simples leyes naturales (derivadas directamente de los estudios de la naturaleza humana) sean aplicadas, la mente sensata de la población las entenderá y aprenderá rápidamente a emplearlas; sólo entonces será capaz el pueblo ayudarse a sí mismo. ¿Qué utilidad tiene el formalismo gastado de los Estados constitucionales? ¿Acaso las constituciones belga o inglesa han evitado que la gente de Flandes, Irlanda y Escocia muera por miles de hambrunas y enfermedades epidémicas, tal como los habitantes de la Alta Silesia? En una democracia libre, con un auto gobierno general, tales eventos serían imposibles. La tierra provee mucho más alimento del que la gente consume. Los intereses de la raza humana no demandan que, por medio de una absurda concentración del capital y bienes raíces en las manos de individuos, la producción sea dirigida a canales que siempre encausan el flujo de ganancias a las mismas manos. El constitucionalismo nunca eliminará estas condiciones, ya que es en sí mismo una mentira, ya sea una concesión al prejuicio o un pacto con la injusticia histórica. Por ende, nunca puede obtener las conclusiones a ser sacadas de

los principios de igualdad general ante la ley. Por lo tanto, apoyo la doctrina que he colocado al principio de la discusión: *Democracia total y sin limitaciones*.

Si entonces obtenemos un pueblo libre y educado, sin duda también se volverá gradualmente más próspero. No necesita ser dicho que por medio de una política natural y nacional, el pueblo alcanzará muy pronto un nivel que le permita moldear el comercio internacional de acuerdo con sus intereses, y prevenir que los poderes ejecutivos (por ignorancia o prejuicio) lleven a cabo medidas como las exhibidas demasiado frecuentemente por el gobierno de Prusia, por medio de las cuales se destruyeron intempestivamente ramas enteras de la industria. Quisiera enfatizar que por medio de un sistema justo y directo de impuestos y por medio de la abolición de los privilegios y los trabajos especiales (feudales, etc.) a las clases más pobres se les permitirá utilizar sus ingresos y ganancias y disfrutar de los frutos de su trabajo. El alivio resultante debe en sí mismo ser suficiente para sentar las bases de una cierta prosperidad. ¿Acaso no fue la mera eliminación del trabajo forzado en el lado izquierdo del Oder suficiente para conducir, en una década, a la población a través del peligroso periodo de transición, de una condición no libre a una condición libre y a un estado de prosperidad moderada? ¿Por cuánto tiempo más será éste el caso, hasta que el azote feudal sea totalmente removido y reemplazado por impuestos justos y moderados?

Sin embargo, no creo que a largo plazo estas medidas por sí solas cumplan con las demandas de una población en crecimiento continuo. Se deben encontrar medios más permanentes, seguros y sostenibles para desarrollar y mantener una mayor actividad en la fuerza laboral. No pido que el Estado asuma la responsabilidad de la organización del trabajo como empleador y, de ese modo, establezca un nuevo factor en la subyugación y la dependencia del individuo. Sin embargo, sostengo que la legislación y el gobierno tienen la obligación de introducir organizaciones adecuadas para facilitar que, por medio de un crecimiento en la circulación de dinero, aumentarán los ingresos de los individuos. Tendrá la obligación de garantizar al trabajador no nada más su subsistencia, sino la oportunidad de crear

su propia forma de ganarse la vida por medio de esfuerzos propios. Una constitución política razonable debe asegurar el derecho incuestionable del individuo a una vida sana. Queda a cargo de los poderes ejecutivos el encontrar los medios y las formas para hacer efectivo este derecho por medio de la negociación con las asociaciones de las diversas clases de ciudadanos que ya disfrutaban de tales derechos.

Un requerimiento bastante obvio en los distritos, que por ende había sido reconocido por las autoridades del régimen pasado, es la construcción de caminos. En un área donde debido al transporte de productos de la minería y la agricultura tiene mucha importancia el tráfico, los buenos caminos son un aspecto esencial. Su construcción era de suma urgencia, debido a que dos ferrocarriles y dos grandes arroyos navegables que aseguraban exportaciones considerables, casi no podían ser accesados a pesar de su cercanía. No nada más las carreteras en las direcciones principales, sino también buenos caminos locales, prometían un rendimiento rentable. La necesidad de un capital de inversión más grande para la construcción de los caminos no debió haber sido temido, ya que no hubiera podido ser invertido de una mejor manera. El mero empleo de un gran equipo de trabajo mientras la construcción era llevada a cabo, hubiera constituido en sí misma una gran ayuda para el área. A partir de la inversión de una suma importante de dinero se allanaría el camino para la intensificación de la circulación sin la que un pueblo no puede ser próspero.

La siguiente tarea será el mejoramiento de la agricultura, la horticultura y la crianza de animales de granja. Se espera que el mejoramiento de la educación y el desahogo del tráfico sean por sí mismos la causa de un mejoramiento en estas ramas de la cultura. Sin embargo, sería más adecuado y rentable para la tesorería pública no esperar tan lento y gradual desarrollo voluntario. Pero, las escuelas de agricultura serían útiles tan sólo para la siguiente generación, y el gran número de pequeños propietarios de tierra se beneficiaría poco de su establecimiento. Estos hombres sólo pueden ser ayudados por medio de la educación popular, la introducción de mejores variedades de plantas y razas de animales domésticos, además de estímulos para motivar su

trabajo.

Se le debe hacer entender a la gente que cuando únicamente se cultivan papas, estará siempre expuesta a la amenaza del fracaso de un cultivo y sólo una variedad más amplia puede protegerlos de un fracaso total. El cultivo combinado de maíz, legumbres, hierbas de maceta y fruta les podría ser una oportunidad más grande de ganancia. Por otro lado, la cooperación entre comunidades con el propósito de regular el flujo de los arroyos y ríos para el drenaje de las tierras de pastoreo y los pantanos para la irrigación, etc., podría, además de brindar ventajas higiénicas, suministrar la base para el la crianza de más ganado. El mejoramiento de las razas de animales domésticos podría ser logrado sin grandes costos. En tiempos normales, la introducción de innovaciones como el mejoramiento de herramientas agrícolas o la educación en el arte de la rotación racional y empíricamente efectiva de cultivos hubiera estado asociada a muchas dificultades, debido a la tenacidad con la que la gente del campo se aferra a las tradiciones en todos lados. Sin embargo, soy de la opinión de que estas dificultades hubieran podido ser superadas, por ejemplo, por medio de “la separación”, como fue el caso en otras partes. Ahora que el pueblo está golpeado por la impotencia y yace como una *tabula rasa*, podemos imaginarnos formarlo y prepararlo para una cultura, tal como lo demanda la experiencia de nuestro tiempo. Los ejemplos ahora disponibles no son útiles debido a que surgen de manera exclusiva de grandes poseedores de tierra y los dueños de tierras más pequeñas piensan que únicamente grandes recursos les permitirían éxito. Tan sólo cuando algunos de ellos empiecen a hacer uso del nuevo conocimiento con buenos resultados, podemos esperar su imitación generalizada. En el caso de haber el peligro de malas cosechas a pesar del cultivo sensato generalizado de la tierra, es evidente que el gobierno estará obligado a establecer grandes almacenes, en los que parte de los excedentes de los buenos años sean almacenados o se acumulen importaciones oportunas de otros países. Suiza, un país pequeño que nunca produce tanto como consume, puede brindar el mejor ejemplo de una política económica sensata en este sentido.

Sin embargo, el gobierno debe hacer mucho más,

sin perjudicar la libre auto-determinación. En una región tan rica en fuerza de trabajo (ya que el poder ahora debilitado de los individuos será pronto fortalecido), en donde los salarios son tan bajos y que ofrece una diversidad inagotable de fuentes de actividad (debido a la riqueza de la tierra en carbón y metales), las fábricas deben ser capaces de tener ganancias especialmente altas. Es obvio que las fábricas que tienen que competir con las ya existentes sólo pueden ser establecidas ya sea por el gobierno, la plutocracia o por sociedades. Dejar la explotación sin restricción en manos de la plutocracia sería insensato, ya que esto sólo traería consigo el engrandecimiento de la mancha de decadencia que yace en la raíz de los problemas sociales de nuestros días. Por otro lado, las sociedades conformadas de pequeños propietarios son bastante apropiadas, pero no hay motivo para apoyarlas por medio de legislaciones o recursos estatales especiales debido a que el Estado como tal no debe ser nunca un empleador permanente, ya que esto conduciría gradualmente a una nueva forma de despotismo: una esclavitud general de grilletos aún más rigurosos que los del pasado. Lo que resulta más deseable es la formación de asociaciones de los que no tiene tierra, para que a través de éstas se puedan unir a la categoría de individuos que disfrutaban de las recompensas de la vida y dejen, de ese modo, de ser meras máquinas para los demás.

Todo el mundo sabe que el proletariado de nuestro tiempo ha sido creado principalmente por la introducción y el mejoramiento de maquinaria y el grado, nunca anticipado, que han conseguido la agricultura, la industria, la navegación y el tráfico en los caminos. El poder humano ha perdido toda autonomía y se ha convertido en un mero eslabón de operaciones mecánicas, un eslabón que, aunque vivo, es equiparado a un valor inanimado. ¡El pueblo sólo cuenta como manos! ¿Es ésta la utilidad de las máquinas en la historia cultural de las naciones? ¿Acaso los logros de genios no han de tener otro propósito que el de hacer miserable a la raza humana? Desde luego, la era social comienza con nuestro siglo y el objetivo de su actividad no puede ser otro que el reducir los aspectos mecánicos de la actividad humana a una mínima expresión, aquellas ocupaciones que vinculan al hombre al material más burdo, la tierra, y lo alejan de los aspectos más sutiles de la

materia.

El ser humano sólo debe trabajar lo que sea necesario para arrancar de la tierra, de esa cruda sustancia, lo que se necesite para la existencia cómoda de la raza entera, pero no debe malgastar sus mejores fuerzas en amasar capital. El capital es la nota promisorio de la gratificación. Pero ¿por qué hemos de exagerar tales posibilidades a un grado que excede todos los límites? Permítasenos aumentar el gusto del placer y no la mera y fría posibilidad de gratificación que, además, no tiene una relación constante sino infinitamente variable e incierta, con el capital. La República Francesa ha reconocido este principio bajo la consigna de hermandad y parece que a pesar del poder de la vieja burguesía, se prepara para realizar este propósito por medio de las asociaciones. De hecho, la asociación de los trabajadores sin tierra con el capital del Estado, de la plutocracia o de los muchos pequeños dueños, es el único medio para mejorar las condiciones sociales. El capital y el trabajo deben tener, por lo menos, derechos iguales y la fuerza viva no debe ser senil al capital, que no vive. Sin embargo, su asociación es posible de la manera triple citada anteriormente y puede ser benéfica en cualquiera de estos modos. En cualquier caso, el trabajador debe tomar parte en el fruto total y, además, con impuestos reducidos y una mejor educación obligatoria. Entonces será conducido a una situación más satisfactoria, pronto será capaz de alcanzar un nivel de contentamiento por su participación en las grandes empresas de la industria y a causa de el peso que la asociación de poderes le confiere. De estar el Estado preparado para entrar en tal asociación con capital, esto debe ser realizado con la condición de que nuevas maneras o nuevas localidades son, de ese modo, establecidas para la industria. El Estado no debe nunca participar de manera permanente en empresas industriales ya que, en el presente, éstas tienen un carácter competitivo y lo colocaría, de ese modo, en oposición a una parte de sus individuos, es decir, el todo opuesto a una parte. Cuando un negocio que ha sido empezado comienza a progresar, el Estado debe retirarse de él, dejándosele ya sea a las asociaciones de trabajadores únicamente o a éstos en combinación con los financiadores. De esta manera, el mayor entendimiento que tienen los buenos servidores civiles en virtud de su conocimiento detallado

sobre el país y sus necesidades, así como la mayor facilidad con la que pueden extraer ayuda de la inteligencia, puede servir para aumentar la riqueza nacional y asegurar el bienestar de los ciudadanos de manera individual. De este modo podemos imaginar la preparación del camino para las condiciones en las que el hombre no trabajará únicamente para obtener alimento, ropa y vivienda, sino en las que el trabajo que realice también servirá como un esfuerzo muscular al que dejará atrás para emplear la otra mitad del día en la formación de su mente.

Estos son los métodos radicales que sugiero como remedio en contra de la reaparición de la hambruna y las grandes epidemias de tifo en la Alta Silesia. Que sonrían sólo aquéllos que son incapaces de elevarse a un punto de vista más alto de la historia cultural. Las personas serias y de pensamiento claro, capaces de ver los tiempos en los que viven, estarán de acuerdo conmigo. Algunos, a pesar de que se den cuenta de que una recuperación profunda y permanente es posible únicamente de esta manera, pueden objetar que el establecimiento de tales condiciones tomaría demasiado tiempo. A ellos les respondo que una vez que la epidemia actual sea completamente apaciguada, no se espera su reaparición en un periodo corto de tiempo. Davidson (loc. cit., p. 93) ha demostrado con gran circunspección que debido a que el tifo, como regla, afecta a un individuo una sola vez, después de un tiempo de epidemia, todos los cuerpos susceptibles debieron haber sufrido la infección y la epidemia ha sido extinguida de manera espontánea. Entonces, eso explica la observación de que también en las ciudades, incluso una epidemia severa, rara vez dura más de dos años y que nunca le sigue otra antes del transcurso de algunos años. En las grandes ciudades en las que la población aumenta de manera severa por la inmigración de nuevas personas, puede ocurrir una reaparición de modo relativamente rápido bajo situaciones adversas. Pero, en el campo, donde el aumento de la población se da por medio de nacimientos únicamente y dónde, de hecho, muchos de los adultos se van a las ciudades, siempre habrá un intervalo relativamente largo entre dos epidemias. Por lo tanto permítase que el siguiente intervalo sea utilizado para que por medio de instituciones liberales a beneficio de pueblo se evite la

repetición de tales escenas de horror en este hermoso y rico país, que hasta ahora ha sido, como vergüenza de los políticos, habitado únicamente por gente pobre y desatendida.

Notas a pie de página

¹⁹ Como es bien conocido, la misma pregunta le fue realizada al gobierno egipcio por la *Académie de Médecine*, en París, en relación al problema de la peste.

²⁰ Aquí cito con deleite algunas líneas de Renzi (*Corrispond. Scientif. Di Roma*, 1847, No. 2): “Cuando el médico es llamado para la custodia de una nación, estudiar la naturaleza de sus diversas localidades y climas, evaluar sus hábitos y costumbres, sus descuidos, pasiones, sus leyes y

religión; cuando es llamado para entender las causas de la ruina general, frenar la erupción de contagios aislados y epidemias; cuando es llamado para reparar el balance de la justicia para dirigir la espada del magistrado, con el fin de golpear a los culpables y proteger a los inocentes, suministrar conocimiento al legislador para que la ley no sea una fuerza bruta dirigiendo a la humanidad como a un rebaño guiado por el camino correcto, sino una fuerza del razonamiento y un medio para el progreso y la civilización; cuando todo estos suceda, entonces la medicina habrá adquirido una majestuosidad adicional y se habrá convertido en un poder tan grande, que será imposible relacionarla con las convenciones y recompensas comunes”.



Medicina Social

Salud Para Todos